

UNA FUNCION BENEFICA

(CUENTO)

Don Sixto de Aramayona, vivía de una de esas modestas rentas que hacían abrir los ojos de estupor cuando se contaban por reales. Además, pasaba el tiempo escribiendo unos ensayos sobre la vida provinciana, que a nadie dejaba leer. Periódicamente pasaba revista a sus escritos, se ponía muy colorado y los rompía con una sonrisa entre seráfica y burlona como musitando para sí: «Otra vez lo harás mejor».

El, deseaba para sí, cierta parsimonia y empaque en el estilo; y llegar a pesar sesenta y tres kilos. Y es que se encontraba nerviosillo y desnutrido por culpa de su imaginación irrefrenable.

Era el primero de Diciembre. La ciudad estaba como yerta, y parecía diluirse minuto a minuto entre susurros de convento y místicos quehaceres.

Don Sixto contemplaba a través de su amplia galería de cristales, aquellas lejanías brumosas que se abrían finamente en retazos, para mostrar sus mágicas perspectivas de grises y esmeraldas. Acuciado por el timbre del teléfono, salió de la galería y se puso al habla. Su primer movimiento fué llevarse a la boca el auricular a la manera de un cornetín.

—Sí... —le dijo una voz templada— nos hemos acordado de usted, y no se puede negar. Se trata de una función benéfica... Sabemos que usted goza de un sentido artístico inmejorable y de una paciencia extraordinaria. No traicione a su excelente corazón, y háganos el favor de encargarse de la dirección de la obra que se pondrá en escena.

Don Sixto se quedó perplejo.

—¡Desgraciado de mí! ¿Qué voy yo a dirigir? —contestó anodado—. Si no puedo... Usted padece un error fundamental, señor... señor...

—Da lo mismo: uno cualquiera de la Comisión organizadora...

—Pues señor de la Comisión organizadora: Yo estoy para muy poco...

—Señor Aramayona: Le concedemos amplias facultades para la selección de la comedia y de los personajes. No se puede negar... Le garantizamos la disciplina. Mande usted cuanto quiera y vuelvo a repetirle: se le con-ce-den fa-cul-ta-dés ex-tra-or-di-na-rias en su be-ne-mérita labor. Ya lo sabe usted: el día de Navidad, por la tarde, tendrá lugar la representación. La propaganda y el reparto de localidades corre de nuestra cuenta.

—¡Pero señor! —dilapidó don Sixto sus últimas reservas de defensa—. ¡En un mes como éste!... ¡catarros!... ¡gripes! Las felicitaciones que caen en alubión... esas enojosas participaciones de lotería de dos pesetas... Luego, la apatía ambiente. El presupuesto que se tambalea...

La voz templada segaba en flor sus débiles argumentos.

—Además la zozobra que reina en el mundo. Esas quintas columnas espeluznantes... ¡Francia...! ¡Francia...! En fin, que uno no está para gaitas...

—¿Gaitas, señor Aramayona? —replicó la voz, consciente de que iba a dar en el blanco—. El fin de la función no es otro que el de recaudar fondos para adquirir canastillas de Navidad con destino a las familias más necesitadas de la población.

¡Qué fuerza emotiva tenían estas palabras para don Sixto! En su imaginación se agolparon oleadas de ternura. Y, vibrando todo su ser como la cuerda de un stradivarius, se dió por vencido.

—Efectivamente —se expresó—. Si es con ese fin, no me es lícito sustraerme a una encendida colaboración. ¡Sea! ¡Dirigiré la obra! Que Dios me perdone...

—Muchas gracias, señor Aramayona. No esperaba, menos de usted. No olvide lo de las facultades ex-tra-or-di-na-rias. Ponga en juego las medidas coactivas que precise para lograr su cometido. ¡Animo, don Sixto!

Se dispuso de un local amplio y desgarrador que olía a Registro de tercera. Y se instalaron en él una estufa y cinco sillas.

El primer día, a ruegos de la Comisión organizadora, concurrieron al local una veintena de muchachos y muchachas, que llegaron con expresión de incertidumbre y desasosiego.

Indudablemente, el señuelo de las carteleras de los cines iba matando la vida de sociedad. ¿Quién no lleva por dentro su quinta columna a merced de la exacerbación?

Se oyó la voz cálida y vacilante de don Sixto, explicando el objeto

de la reunión, pero apenas le dejaron hablar. Una baraúnda de súplicas y previas objeciones de «si yo he venido aquí, sólo ha sido por tal o por cual», comenzaron a turbar sus nervios.

Muchas jovencitas, decían de sí mismas, que no tenían ninguna gracia; que en sus casas precisamente las reñían por falta de desenvoltura y por sosas. Ellos argüían, que no tenían tiempo, ni humor; que la ciudad en que vivían era así o asá... Algunos confesaban con gesto alicaído, que tenían novia desde las últimas fiestas de Agosto...

Don Sixto juró a todos los presentes, que el juguete cómico que se pondría en escena, titulado: «La que el viento no se llevó», era muy fácil de representar; y que aunque su género fuera desmedidamente festivo, no dejaba de encerrar cierta filosofía aleccionadora, sobre todo para los solteros

A los cinco minutos, repartió los papeles entre los que le parecieron más asequibles por su rostro bondadoso y su debilidad de carácter.

—A éstos, como a mí, les será imposible negarse —pensó compadecido.

La reunión duró escasamente quince minutos.

—Desde mañana —se dirigió tímidamente a los agraciados— ...; a las siete en punto de la tarde! Es necesaria la disciplina y hay que evitar el ridículo el día de la función. ¡Animo!... ¡Canastillas!... ¡canastillas!... ¡canastillas!...

Al día siguiente faltaron a la cita la mitad de los personajes. ¿Dónde están los otros? —preguntó el señor Aramayona.

No sé... —medio bostezaron—. Hoy dan una película extraordinaria... y tal vez...

El se acordó de sus facultades extraordinarias, pero se contentó con musitar en tono muy quedito: ¡Bendito sea el Señor!

—Bueno —continuó para engañarse a sí mismo—. Vayan recitando sus papeles y lean los de los ausentes. Usted, señor Martínez: ¡apunte! Y usted, señor Palacios, haga como que sale por el forillo de la izquierda y pásese lentamente por la escena con cara de cipayo. Es el papel de Niceto.

Palacios recitó el monólogo.

A los siete días, ordenaba ensimismado don Sixto:

—Ahora, que entre doña Teodora por la primera puerta lateral de la izquierda, arreglándose el moño.

—¡Pero si no ha venido ninguna mujer! —objetó Palacios como si el mundo se viniera abajo.

—Entonces, usted, señor Contreras, haga por favor de doña Teodora y que Dios se lo pague.

Contréras, visiblemente decepcionado, leía con voz de falsete.

—No me lea usted los paréntesis... ¡por lo que más quiera! Además repórtese un poco, señor Contréras; no me recite con ese timbre melífluo y atiplado y domínese el contoneo... ¡porque me descompone!...

—Pero, señor de Aramayona... ¿cómo quiere usted que haga de señora con voz natural y sin meneítos? Yo trato de que se subrayen los contrastes...

—Yo no le pido que imite servilmente a la doña Teodora de carne y hueso, sino que la supla momentáneamente. En estos instantes, es usted, física y espiritualmente el señor Contréras.

—En estos instantes y en todos, señor de Aramayona... —contestó mosqueado Contréras.

—¡Perdón!... ¡Perdón!... —gemía don Sixto—. ¡Canastillas!... ¡canastillas!... ¡canastillas!

Don Sixto volvía a su casa sin ganas de cenar; ahíto de acumular paciencia. Su mujer estaba hondamente preocupada y le reñía:

—¡Qué falta de carácter! ¿Quién te mandará a ti meterte en estos líos?... Si no dimites, estáis perdidos.

Para el día 15 de Diciembre, habían desfilado por el local más de cuarenta muchachas de las más diversas gamas. Se habían renovado por sexta vez los puestos de las actrices.

Esa misma noche, llegaron otras dos desconocidas, de inconsciente y grácil taconeo. Don Sixto las miró oblicuamente y las preguntó: ¿En qué puedo servir a las señoritas?

—Es que venimos —contestaron— para sustituir a Inesita y a María Luz. A Inesita no la dejan en su casa; y María Luz, dice que si trabaja María Antonia, ella se retira por el foro.

Este disco de incompatibilidades de carácter, sonaba ya por lo usado y repetido, a pasodoble agrio de ínfima calidad.

—¡Bueno!... ¡bueno! —exclamaba franciscanamente don Sixto—; pues vayan ustedes leyendo su papel, y qué Job nos ilumine a todos.

El día 22 de Diciembre, se encontró completamente solo. Ese día no tiraba la estufa; y se sentó hundido de lomos y costillares en la silla más bajita. Con su sombrero lacio y verduzco calado hasta las orejas; y las solapas entre enhiestas y abarquilladas, parecía el naufrago más deprimido de la ciudad.

Comenzó a declamar él solo los papeles de todos los actores. ¡Qué bien matizaba las expresiones! Tan pronto se sentía el circunspecto y cínico don Homobono, como la jamona y casquivana doña Teodora.

De pronto irrumpió la Comisión organizadora para saber cómo iban los ensayos.

—¡ Por Dios, señor de Aramayona! ¿Qué hace usted aquí solo?

—¡ Disciplina!... ¡ disciplina!... ¡ ja! ja! carraspeó diabólicamente don Sixto, como tenía que hacerlo don Homobono en la primera escena del segundo acto.

—Usted ya sabe que tiene facultades ex-tra-or-di-na-rias para obrar. La función ha de celebrarse, sea como sea, pasado mañana, día de Navidad —le sentenciaron fríamente.

—Yo no tengo derecho a meter en la cárcel a nadie —respondió el señor Aramayona con el aire de un oficial de prisiones jubilado—. Y si lograra reducirlos en prisión, entonces sí que perdía la última esperanza.

—Sin ir tan lejos, en usted depositamos toda la confianza y las más amplias facultades para que, incluso, se produzca en forma violenta, pero satisfactoria, para los benéficos propósitos de esta Comisión organizadora. ¡ Buenas noches, señor de Aramayona!

Era la víspera de Nochebuena. Todos los actores seleccionados, recibieron en su domicilio un atento y lacónico besalamano que decía: «Don Sixto de Aramayona, ruega a usted encarecidamente, con todas las fuerzas de su corazón, se presente a la hora conveniente para los ensayos. De lo contrario, le encuentre donde le encuentre, le pego a usted un TIRO».

Esa misma noche, se presentó el «elenco» completo a las siete en punto. Llegaron emocionados y bulliciosos como con ganas de cine, creyendo que se iban a desinflar de risa. Pero don Sixto los recibió inmóvil, reflejando un íntimo matiz de duelo y condolencia amarga.

—¡ Ea! —se expresó, asomando el cañón de una pistola del bolsillo del gabán—. ¡ A empezar! ¡ Apunte usted!, señor Martínez!

Aunque la mayoría apenas tuviera casi noticia de su papel, todos fueron ojos y oídos hacia el pobre Martínez, que apuntaba como un azogado, temblándosele el libreto y la nuez.

—Al que se tropiece en escena, o suelte «morcillas» improcedentes, le atravieso el corazón! —añadió el señor de Aramayona enardecido—. ¡ Canastillas!... ¡ canastillas!... ¡ canastillas!

Ya en la tercera escena, la obra cómica tomaba los caracteres de una tragedia griega. Los chistes se tornaban lívidos. Y las situaciones más chispeantes, presagio de funerales.

—¡ Animo!... ¡ ánimo! —volvió a rugir don Sixto al final del ensayo—. Mañana es Nochebuena. Hónrenla como se merece, pero procuren venir todos cenados a las ocho y media de la noche. Tendremos «tela» hasta las dos y media de la mañana...

Alguien quiso protestar, pero la monumental pistola de Aramayona volvió a asomar su mohosa y trágica nariz.

El día de Nochebuena amaneció alfombrado de nieve. Un espeso velo de niebla se esparcía por las calles. Las gentes se movían con andares torpes y pesados para defenderse del suelo resbaladizo. Y la noble traza de la ciudad, acusaba inefables perfiles de su señorial empaque bajo las iluminadas torres de sus cuatro Parroquias.

Algunos niños desarrapados, de faz aterida y frente combada, aplastaban sus naricillas contra las lunas de los escaparates colmados de golosinas y de figuritas de nacimiento.

A las ocho y media de la noche, se reunió el cuadro artístico completo, con apuntador y trapuntes.

—Hoy es noche de Nochebuena —dijo don Sixto de Aramayona en tono solemne—. Hagamos homenaje al Dios que nació en Belén, ofreciéndonos el supremo ejemplo de humildad y sencillez. Usted... señor Martínez, entone un villancico.

Martínez, con timbre profundo, atacó los primeros compases, y los demás le acompañaron imbuídos de un patetismo impresionante.

—Ahora, que Dios nos perdone y comencemos con la cuarta escena... Sonaba el timbre: turr... turr..., como si sonara; comience usted, señorita Margarita: «¿Había llamado la señorita?... ...Porque la señorita cuando llama, no sé si es la señorita que llama, o mi novio que toca desde abajo; y perdone la señorita...». Sí, repita esto sin mover los pies; naturalmente y sin lanzar ojeadillas al anfiteatro.

El día de Navidad, el teatro estaba rebosante. Se alzó el telón y se sucedieron escenas escalofrantes. Se estaba representando un juguete cómico, pero la voz de los actores salía doliente y quebradiza con trémolos desusados.

Los espectadores, electrizados, no podían disimular su emoción. Jamás se había representado nada parecido y tan desconcertante. Niceto hacía llorar y don Homobono y doña Teodora recitaban con crudo y bárbaro dramatismo.

Mediado el segundo acto, los de las primeras filas de butacas se levantaron de sus asientos y retrocedieron espantados. Habían visto entre bastidores a un señor inmóvil, enfilando una terrible pistola hacia el escenario.

Al final estalló una imponente ovación.

La ciudad atildada y soñadora, sonrió cortés y entrañable, ofreciendo a sus pobres más necesitados, succulentas canastillas de Navidad.